

Pero no había el Unigénito del Padre de permitir que una criatura, siquiera fuese tan excelente en la perfección natural como Luzbel, se considerase vencedor de por siempre en el corazón humanano, y así pudiera despreciar y hacer que fueran menospreciados los divinos mandatos; entonces hizo el eterno REPARADOR sentir a Luzbel el imponderable peso de la virtud incontaminada de su Madre Inmaculada y en espera de esta aurora incomparable anduvo la humanidad cuarenta siglos sobre la tierra hasta que un día, el día por excelencia del Señor, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y EL personalmente aprestóse a dar la batalla a Satanás y a sus secuaces todos, hasta conseguir arrebatárles el cetro de dominio que tiránicamente ejercía sobre las inteligencias y voluntades de los hombres.

Y peleó el CORDERO DE DIOS la primera batalla en el humano campamento, cercado con muro y ante muro el ser total de una criatura en la que por ningún concepto había de tener ni la más pequeña parte el *Soberbio*, y encerrándose en esa humana criatura excepcional, como en su regia tienda de campaña, vistióse en ella de esclavo y luego salió manso y humilde a pelear con el arma de la obediencia a Dios hasta la muerte y muerte de cruz, en contra del *Rebelle* por excelencia.

Y peleó, durante treinta y tres años, ora desterrado en Egipto, ora escondido en Nazaret, ora cuerpo a cuerpo y frente a frente en la soledad del monte de la cuarentena, ora desde la cátedra humilde de la verdad, ora derramando por doquier las inefables bondades de su divino corazón, con la fuerza de su brazo vencedor de todos los efectos del pecado, sanando a los enfermos y resucitando a los muertos, ora a la faz de todo el mundo en la cumbre del Calvario, ora, en fin, haciendo de la terrible muerte un despojo despreciable, resucitando invicto, para vivir glorioso en cuerpo y alma en los cielos.

EL, desde que nació en la Concepción de su inmaculada Madre, quebrantó la cabeza del gran *Prevaricador*